

## XXVIII Concurso de Poesía de Torrero, 2025

Durante la Edad Antigua el Ebro aparece citado por vez primera en un periplo marsellés del siglo VI a.C. con el nombre griego de *Elaios*. Este nombre, traducido al latín en la Ora Maritima de Avieno, pasará a ser *Oleum flumen* o «río del aceite».

Este poema es un homenaje al paisaje de olivos en cuyo regazo se dio nombre a nuestro río, hondo recuerdo del pasado.

# El descalzo mutismo del olivar

Mármara

El día eleva el vuelo y su latido embriaga ya los campos,  
el manto de las huertas,  
el agua que discurre cantarina,  
los danzantes penachos del olivar,  
y sus pendientes de aceituna.

Encaramada a la atalaya de mis ojos  
desde el cerro contemplo su cabellera verde.

El soplo de la brisa varea su ramaje  
que ondea como mies en sus orillas.

Soy un ciervo que avanza enardecido  
hacia el rostro que hospeda su plumaje.  
Atestiguan mi huella estampada en el barro  
mis pezuñas de plata.

Un olivo me llama. Yo me acerco.

Subo por su longevo tronco,  
sus estriados brazos de madera

sinuosa, viviente,  
en imposible abrazo de sí mismo.

Escucho el madrigal que interpreta su sabia,  
la tortuosa audacia de sus pasos de acróbata  
en el paralizado haz de su veta latente.  
Recorro las marcas rodadas de su piel  
en noches de cigarras  
escarbando en su cuerpo  
malherido y doliente.

El silencio se instala mansamente  
como copos de nieve entre sus hojas.  
Quietud total en el hogar hipóstilo  
donde habita su aliento,  
crepitando su paz,  
sin óxido de tiempo.

Abandono la vista en el olivo,  
ese mediterráneo lar en que el río se aloja.  
Mi áurea mirada busca cobijo en él  
y en las aguas que sus riberas bañan.  
Regreso a su matriz de madre eterna,  
me crecen ojos nuevos para verlo  
y lenguas primigenias  
con que lamer el untuoso fruto  
que su sien engalana.  
Intuyo su raíz bajo la tierra,  
su cantata, su esencia.

Mis palabras anidan en tu aceite sagrado,

árbol de vieja leña, delicada epidermis  
que se mantiene púber en su longevo ser.  
En tus dolidas ancas de anciano venerable,  
las ánforas de un tiempo enriquecido  
con el líquido néctar de una edad ya cruel,  
el oleoso elixir de la aceituna  
la esférica esmeralda  
que cuelga de tu piel.

La alcuza y su hojalata reviven tu pasado.  
En tu abollado cuerpo prende la eternidad.  
De tu ávida boca mana ese aceite denso  
que evoca con delicia nuestros días de antaño,  
su fiel identidad.

El quinqué trasnochado del cuarto del abuelo,  
el pomo de la puerta de mi infancia,  
la leña de la estufa de la escuela,  
la leche en la lechera, un néctar que lamer,  
los metálicos baldes brincando en la cabeza  
con sábanas lavadas en el río,  
el ayer de mis trenzas en el hoy de mis canas,  
las pajas de la trilla, los días del ayer.

Fluye por mi conciencia el río del aceite,  
un Ebro inesperado camina por mi tez,  
su irisación dorada  
tras el agua del baño que aloja la mañana,  
esa untuosa esencia  
de aceitunados versos  
como un aria vertida en un odre de miel.

Cabalgo su ribera llevando en mis alforjas su candil milenario  
un recuerdo de olivas,  
las lámparas de aceite de Creta y Palestina,  
las lucernas romanas, añeja madurez,  
vasijas y tinajas, alfarerías nobles,  
el tesoro dorado resguardado en un vientre  
que alberga mi niñez.

Cuando huye la tarde, y al fuego del hogar  
el descalzo mutismo de la noche  
la aleja desvalida,  
el paladar trenza contigo un fértil olivar  
de historias susurradas  
en la aceitera de la vida.